

# Para el capitalismo es imposible sobrevivir

**Malcolm X**

## I - Entrevista con Jack Barnes y Barry Sheppard

---¿Cómo lo ha descrito a usted la prensa?

—Bien, diestra y premeditadamente la prensa me ha pintado como un racista, un partidario de la supremacía racial, y un extremista.

—¿Por qué es falsa esta imagen?  
¿Cuáles son sus verdaderos intereses?

—En primer término, no soy un racista. Estoy en contra de cualquier forma de racismo y segregación, de cualquier forma de discriminación. Creo en los seres humanos y en el respeto a todos los humanos, al margen del color de su piel.

—¿Por qué rompió usted con los Black Muslims?

—No rompí, hubo una división. La división se produjo inicialmente porque se me excluyó, y se me excluyó por analizar con intransigencia los problemas que, desde mi punto de vista, debían, y podían resolverse.

—Me di cuenta que el movimiento abarcaba demasiadas zonas. No se comprometía en las luchas civiles, cívicas o políticas de nuestro pueblo. Todo lo que hacía era enfatizar la importancia de la reforma moral: no bebas, no fumes, no auspicias la fornicación y el adulterio. Cuando

descubrí que los jerarcas no ponían en práctica sus propias prédicas, vi con claridad el fracaso de esa parte del programa.

Así pues, participar en las fases políticas y económicas de la lucha negra, eran la función y el significado únicos del movimiento dentro de la comunidad. Y la organización no estaría dispuesta a ello porque entonces habría que asumir una actitud militante, intransigente y activista, y los jerarcas se habían vuelto conservadores. Y si actuaban así era, principalmente, para proteger sus propios intereses. Debo señalar también que, aunque los *Black Muslims* declaran ser un grupo religioso, la religión adoptada —el Islam— no los reconoce. De este modo, religiosamente están en el vacío. Y no intervienen en política, por lo que no constituyen un grupo político. ¿Cómo se puede considerar a una organización ni política ni religiosa que además se abstiene en la lucha por los derechos civiles? Vive en el vacío. Todos estos factores me llevaron a separarme de la organización.

—¿Cuáles son los propósitos de su nueva organización?

—Hay dos organizaciones; la primera, *The Muslim Mosque, Inc.* (La Mezquita musulmana), es religiosa. Su finalidad es crear la atmósfera y las facilidades para que, quienes se interesen en el asunto, puedan entender mejor el Islam. La meta de la segunda, la Organización de la Unidad Afroamericana, es utilizar todos los medios necesarios para hacer surgir una sociedad en donde los 22 millones de afroamericanos sean reconocidos y respetados como seres humanos.

—¿Cómo define usted el movimiento con el cual se le identifica, el nacionalismo negro?

—Suelo definir el nacionalismo negro como la idea de que el hombre negro podría manejar la economía de su comunidad, la política de su comunidad y así sucesivamente.

En mayo, cuando me encontraba en Ghana, hablé con el embajador de Argelia, un militante decidido y un revolucionario en el verdadero sentido de la palabra (lo que ha demostrado con creces al dirigir en su país una revolución victoriosa contra la opresión). Cuando le dije que mi filosofía económica, social y política era el nacionalismo negro, me preguntó con franqueza, «bien: ¿dónde me sitúa usted?». Porque él es blanco. Según todas las apariencias, un africano de Argelia como él, es un hombre blanco. Y me afirmó que si yo definía mi objetivo como la victoria del nacionalismo negro, ¿dónde lo dejaba a él? ¿Dónde situaba a los revolucionarios de Marruecos, Egipto, Irak, Mauritania? Y me demostró que yo enajenaba a gente verda-

deramente revolucionaria, dedicada a destruir, por todos los medios necesarios, el sistema de explotación prevalecte.

Eso me obligó a pensar y reconsiderar mi definición del nacionalismo negro. ¿Podríamos afirmar que la solución de nuestros problemas es el nacionalismo negro? Observen ustedes que no he utilizado esa expresión desde hace varios meses. Pero me encontraría en graves dificultades si tuviese ahora que ofrecer una definición específica de la filosofía totalizadora necesaria para la libertad del pueblo negro en este país.

—¿Es verdad, como se afirma con frecuencia, que usted favorece la violencia?

—No favorezco la violencia. Si podemos obtener el reconocimiento y el respeto para nuestra gente por medios pacíficos, tanto mejor. A nadie le disgusta alcanzar sus objetivos pacíficamente. Pero también soy realista. A los únicos en este país a los que se les pide la no violencia es a los negros. Nunca he oído de nadie que vaya con los Ku Klux Klan, con los miembros de la John Birch Society y demás elementos de la extrema derecha, para enseñarles la no violencia. Sólo al negro norteamericano se le predica la no violencia y no quiero continuar con quienes instruyen a nuestro pueblo en la no violencia, mientras otros, al mismo tiempo, no eduquen de igual modo a nuestros enemigos. Pienso que deberíamos protegernos por todos los medios posibles frente al ataque de los racistas.

—¿Cuáles son para usted las causas del prejuicio racial en los Estados Unidos?

—La ignorancia y la codicia. Y un programa antieducativo cuidadosamente planeado que apoya y enfatiza el sistema norteamericano de explotación y opresión.

Si toda la población norteamericana recibiese una educación adecuada, (quiero dar a entender un cuadro verdadero de la historia y aportaciones del negro) pienso que disminuirían los sentimientos racistas de muchísimos blancos. Tendrían mayor respeto hacia el negro como ser humano. Al conocer las pesadas aportaciones del negro a la ciencia y a la civilización se negarían, al menos parcialmente, los sentimientos de superioridad del blanco. También se reemplazaría el sentimiento de inferioridad del negro por un conocimiento equilibrado de sí mismo; se sentiría cada vez más un ser humano, funcionaría más como un ser humano, en una sociedad de seres humanos.

A la educación le corresponden estas tareas. Y la multiplicación de universidades, no significa el auge educacional. En el sistema pedagógico norteamer-

ricano las universidades se han utilizado cuidadosamente para deformar la enseñanza.

—¿Cuáles fueron los momentos culminantes de su viaje por Africa?

—Visité Egipto, Arabia, Kuwait, El Líbano, Sudán, Kenya, Tanganyka, Zanzibar (ahora Tanzania), Nigeria, Ghana, Liberia, Guinea y Argelia. Durante ese viaje tuve entrevistas con el Presidente Nasser de Egipto, el Presidente Nyerere de Tanzania, el Presidente Jomo Kenyatta (entonces Primer ministro) de Kenya, el Primer ministro Milton Obote de Uganda, el Presidente Azikiwe de Nigeria, el Presidente Nkrumah de Ghana y el Presidente Sekou Toure de Guinea. Para mí, los momentos culminantes fueron las entrevistas con estas personalidades porque me ofrecieron la oportunidad de examinar su pensamiento. Me impresionaron sus análisis del problema negro y muchas de sus sugerencias contribuyeron en gran medida a la ampliación de mi propia perspectiva.

—¿Qué tanta influencia tiene el Africa revolucionaria en el pensamiento de los negros norteamericanos?

—*Toda la influencia del mundo. No se puede separar la militancia en el continente africano de la militancia de los negros norteamericanos. Se está forjando una imagen positiva de los africanos y esa imagen, al darse también en la mente del negro norteamericano, lo conduce a una imagen más positiva de sí mismo. Después hay otro paso: la acción.*

Así, no se puede separar la revolución africana del estado de ánimo del negro en Norteamérica. Ni se puede separar la colonización de Africa de la posición servil en la que por tan largo tiempo permaneció satisfecho el negro norteamericano. Al obtener Africa su independencia por medios revolucionarios, surgió aquí, en la comunidad negra, un grito de protesta contra la discriminación.

—¿Cuál es su juicio sobre el papel de los Estados Unidos en el Congo?

—El papel de los Estados Unidos ha sido criminal. Probablemente el mejor ejemplo de actividad criminal contra un pueblo oprimido sea la intervención de los Estados Unidos en el Congo, a través de sus ligas con Tshombe y los mercenarios. No es un hecho desdeñable el sostenimiento de Tshombé por parte de Estados Unidos. El dinero que él utiliza para alquilar estos mercenarios —estos asesinos a sueldo importados de Sudáfrica— viene de Estados Unidos. Los pilotos que manejan estos aeroplanos han sido entrenados en Estados Unidos. Las mismas bombas lanzadas sobre mujeres y niños vienen

de Estados Unidos. Por eso sólo puedo juzgar como criminal el papel de los Estados Unidos en el Congo. Y pienso que tendrá que cosechar los resultados de su acción en el Congo.

—¿Y el papel de los Estados Unidos en Viet Nam del Sur?

—La misma cosa. Muestra la ignorancia real de quienes dirigen la estructura del poder en Norteamérica. Si Francia con toda suerte de armas pesadas, y estando tan profundamente atrincherada en lo que se conocía como Indochina, no pudo permanecer, no veo cómo alguien en sus cabales piense que los Estados Unidos sí pueden permanecer; es imposible. Eso revela su ignorancia, su ceguera, su falta de perspicacia e incluso de percepción tardía. La derrota absoluta en Viet Nam del Sur es sólo cuestión de tiempo.

—¿Cuál es su juicio sobre la actividad de los estudiantes blancos y negros que fueron al sur el pasado verano e intentaron registrar a los negros como votantes?

—El intento fue bueno; y es buena la idea de registrar a los negros en el sur porque el único poder real de un hombre pobre en este país es el de su voto. Pero no creo inteligente la actitud de mandarlos y recomendarles la no violencia. Insisto en el esfuerzo por lograr el registro, pero pienso que se les debería permitir utilizar todos los medios a su disposición para defenderse de los ataques del Klan, el Consejo de ciudadanos blancos y otros grupos.

—¿Qué piensa usted del asesinato de los tres defensores de los derechos civiles y del destino de sus asesinos?

—El hecho demuestra que nuestra sociedad no es realmente lo que intenta representar ante el resto del mundo. Fue un asesinato y el gobierno federal se ve indefenso porque el caso se relacionaba con los negros. Incluso los blancos asesinados murieron por ayudar a los negros. Y en esta sociedad, ante cualquier cosa concerniente a la ayuda hacia los negros, el gobierno federal se muestra incapaz de funcionar. Pero sí puede funcionar en Viet Nam del Sur, el Congo, en Berlín y en otros lugares a donde nadie lo ha llamado. En cambio, en Mississippi no puede intervenir.

—En un discurso reciente usted mencionó su encuentro en Africa con John Lewis del SNCC. ¿Cree usted que en el sur los líderes más jóvenes y de una mayor militancia estén ampliando sus puntos de vista sobre el sentido de las presentes luchas?

—Seguro. Cuando yo participaba en el movimiento de los *Black Muslims* hablé en diversas universidades blancas y negras. Supe en 1961 y en 1962 que la nueva generación era muy diferente de las anteriores y que muchos es-

tudiantes eran más sinceros en su análisis del problema y en su deseo de encontrarle soluciones. En algunos países extranjeros los estudiantes han contribuido a la revolución; fueron los estudiantes quienes iniciaron la revolución en Sudán, quienes derribaron en Corea a Syngman Rhee y a Menderes en Turquía. Los estudiantes no se detienen a pensar en los elementos adversos y no pueden ser comprados.

En Norteamérica, los estudiantes se han destacado por su participación en asaltos sexuales, en competencia de excentricidad, contando por ejemplo cuántos pueden caber en una caseta telefónica; no por sus ideas políticas revolucionarias o su deseo de transformar las condiciones injustas. Pero algunos estudiantes, se parecen cada vez más a sus hermanos de otros países. Sin embargo, en cierto modo los estudiantes han sido engañados en lo que se conoce como lucha por los derechos civiles (que nunca se planeó para resolver el problema). Los estudiantes han sido convencidos de que el problema ya fue analizado, por lo que no intentan examinarlo por ellos mismos.

En mi opinión, si los estudiantes en este país se olvidan del análisis convencional y se reúnen y empiezan a investigar por cuenta propia el problema del racismo, al margen de los políticos y al margen de todas las instituciones (que son parte de la estructura del poder), llegarán a ciertos descubrimientos estremecedores, mas encontrarán también que nunca se vencerá al racismo en este país mientras se siga confiando en las soluciones que aporta el gobierno.

El propio gobierno federal es tan racista como el gobierno del estado de Mississippi y es más culpable de la perpetuación de este sistema. En el nivel federal son más astutos y diestros en su acción, del mismo modo que el FBI es más capaz que la policía estatal y la policía estatal es mejor que la policía local. Igual cosa sucede con los políticos. El político a nivel federal, por regla general, es más capaz que el político a nivel local y cuando quiere practicar el racismo, lo puede hacer más diestramente que quienes lo practican a nivel local.

—¿Qué opina usted del Partido demócrata?

—El Partido demócrata, junto con el Partido republicano, es responsable del racismo en Norteamérica. Los principales racistas en este país son demócratas. Goldwater no es el racista principal: es racista, pero no el principal. Los racistas con influencias en Washington son demócratas. Puede observarse que cualquier tipo de legislación propuesta para mitigar las injusticias padecidas por el negro norteamericano, sufre la oposición directa de miembros del partido de Lyndon B. Johnson. Los oligarcas del sur son demócratas.

—¿Cuál es la contribución que los jóvenes, en especial los estudiantes, a disgusto con el racismo en esta sociedad, pueden hacer a la lucha negra por la libertad?

—Los blancos sinceros no logran nada uniéndose a organizaciones negras y convirtiéndolas en organizaciones integradas. Los blancos sinceros deben organizarse entre ellos mismos y disponer la debida estrategia para quebrantar los prejuicios existentes en las comunidades blancas. De este modo pueden funcionar con mayor inteligencia y efectividad, en la misma comunidad blanca, lo que no se ha hecho hasta ahora.

—¿Qué papel desempeña la juventud en la revolución mundial y qué lecciones pueden derivarse para la juventud norteamericana?

—Si se atiende a los cautivos de los soldados norteamericanos en Viet Nam del Sur, se verá que estos guerrilleros son gente joven. Algunos son niños. La mayoría son adolescentes. En todo el mundo son los adolescentes quienes se comprometen realmente en la lucha para eliminar la opresión y la explotación. En el Congo, los refugiados señalan que muchos de los revolucionarios congoleños son niños. De hecho, cuando fusilan a revolucionarios cautivos, fusilan a partir de los siete años de edad. (Esas informaciones son de la prensa.) Porque los revolucionarios son niños y jóvenes. En estos países, los jóvenes son quienes más rápidamente se identifican con la lucha y la necesidad de eliminar las oprobiosas condiciones de vida. Y aquí en este país, y esto lo digo por experiencia propia, cuando se habla de racismo, discriminación y segregación, son jóvenes los más exasperados y coléricos, quienes más ardientemente desean destruir el presente estado de cosas.

Creo que la juventud de Norteamérica puede encontrar un poderoso ejemplo en los jóvenes *simbas* del Congo y en los jóvenes luchadores de Viet Nam del Sur.

Además, la independencia de los pueblos de color, su desarrollo y fuerza progresiva, demuestran que el tiempo está de lado del negro norteamericano. Todavía ahora el negro norteamericano es hospitalario y amistoso y dispuesto al perdón. Pero si se le engaña y decepciona, si aún no existe la solución de sus problemas, se desilusionará por completo, se desencantará y se apartará de los intereses de Norteamérica y su sociedad. Ya muchos lo han hecho.

—¿Qué piensa usted del combate mundial entre capitalismo y socialismo?

—Para el capitalismo es imposible sobrevivir, puesto que su sistema requiere primordialmente de la sangre ajena. El capitalismo solía ser un águila, pero ahora es más bien un buitres. Poseyó el vigor suficiente para seguir adelante

y succionar la sangre de los otros, fueran estos fuertes o débiles. Pero ahora ha adquirido la cobardía del buitre y únicamente se procura la sangre de los indefensos. Como las naciones del mundo se liberan, el capitalismo tiene menos víctimas, menos sangre y se debilita día a día. Es sólo cuestión de tiempo su derrumbe definitivo.

—¿Cuáles son en 1965 las perspectivas de la lucha negra?

—Las perspectivas son sangrientas; lo fueron en 1963, lo fueron en 1964 y aún permanecen todas las causas que determinaron este derramamiento de sangre. Se destinó la marcha sobre Washington a servir como salida o válvula de escape para la frustración producida por esta atmósfera explosiva. En 1964 utilizaron la ley de los Derechos civiles como válvula de escape. ¿A qué podrán acudir en 1965? No hay estratagema que puedan usar los políticos para detener el fermento explosivo aquí mismo en Harlem. Y miren al director de la Policía neoyorquina, Murphy. Desfila por las cabeceras de los periódicos tratando de calificar como crimen incluso las predicciones de una violencia inminente. Esto muestra la intensidad del pensamiento norteamericano. Se va a producir una explosión pero no hay que mencionar el asunto. Todos los ingredientes que producen las explosiones existen pero que no se hable de ello, dice Murphy. Eso es como afirmar la inexistencia de 700 millones de chinos. Es el mismo enfoque. La culpa y el temor han dominado y abarcado en tal forma al norteamericano que en vez de encarar la realidad de cualquier situación, pretende la inexistencia de la situación. Ustedes saben, en este país es casi un crimen decir que hay un país llamado China, a menos que ustedes se refieran a esa islita conocida como Formosa. Por lo mismo, es casi un crimen decir que la gente en Harlem va a explotar porque la dinamita social del año pasado aún sigue aquí. Por eso creo que 1965 será mucho más explosivo, más que 1964 y 1963. No es posible evitarlo. Los líderes han perdido la dirección del pueblo negro. Por eso, cuando el pueblo empiece, y muy justificadamente, a estallar, los líderes negros no podrán detenerlo.

[1965].



## II - Discurso en The Militant Labor Forum

Señor director (quién además es uno de mis hermanos), señoras y señores, hermanas y hermanos:

Es para mí un honor regresar esta tarde al Militant Labor Forum. Vengo aquí por tercera vez. Hace unos momentos le decía yo a mi hermano que probablemente la prensa, el día de mañana, intentará presentar esta pequeña charla como si hubiera tenido lugar en Pekín o en algún sitio semejante...

Esta noche, en el breve tiempo a nuestra disposición, vamos a conversar, hermanos y amigos, sobre las perspectivas de la paz, o las perspectivas de la libertad en 1965. Como ustedes habrán advertido, casi me equivoco y digo paz y libertad. En realidad no son separables una de la otra porque nadie puede estar en paz a menos que tenga libertad. Son términos indivisibles y esta unidad convierte a 1965 en un año explosivo y peligroso.

La gente en este país que en otras épocas ha sido pacífica y ha disfrutado de la paz, ha actuado así porque ignoraba el sentido de la libertad y ponía su definición en otras manos. Hoy, en 1965, hallarán ustedes que quienes han carecido de libertad y aún no están en posibilidades de definirla, empiezan ya a intentar la definición. Y en la medida en que se capaciten intelectualmente para definir por sí mismos la libertad, en esa misma medida se dan cuenta de que no tienen libertad y eso los vuelve menos pacíficos o menos bien dispuestos hacia la paz.

De este modo, al discutir hoy este tema, las perspectivas de la libertad en 1965, pienso que debemos retroceder 10 ó 12 años, por lo menos, y remontarnos a la época en que la lucha del negro norteamericano empezaba a recibir la luz pública, no sólo en este país sino en todo el mundo.

La lucha se inició con las decisiones de la Suprema corte, las así llamadas *decisiones de la desegregación*, y yo diría la así llamada *desegregación* y las así llamadas *decisiones* porque existen dudas sobre los propósitos que las engendraron.

Uno de los aspectos principales de la lucha del negro norteamericano en los últimos doce años, ha sido el movimiento de los Black Muslims. Nadie puede empequeñecer el papel ni los alcances de la actividad de los Black Muslims al buscar y exigir la militancia del pueblo negro en todo el país.

No importa la dirección del movimiento; no importan las limitaciones de su filosofía organizativa; no importan los juicios condenatorios; no importan

los juicios de los mismos Black Muslims sobre el movimiento, lo que no puede negarse es que el movimiento, por su posición sin compromisos y gracias a su militante, intransigente enfoque de la realidad, obligó a otras organizaciones de los derechos civiles a asumir una militancia mayor de la que normalmente les correspondía y decidió, en muchos líderes de los derechos civiles, la búsqueda de una militancia definitiva con la cual ni siquiera soñaban.

Así, durante los últimos diez años, se puede determinar en gran medida la militancia del negro norteamericano gracias a la existencia y a la presencia del movimiento al que, para fines de identificación, me he referido como los Black Muslims. Su contribución a la lucha negra por la libertad en este país fue la militancia; infundió audacia en muchos de los nuestros que por primera vez en 400 años se expresan en voz alta. Permitió que muchos de los líderes negros del movimiento de los derechos civiles se atrevieran a hablar en voz alta por primera vez; por vez primera en casi 400 años de la historia de Norteamérica.

Estos líderes nunca intentaron y no lo intentarán, dirigir al pueblo negro en la batalla del progreso definitivo. Su propósito primordial ha sido siempre detener nuestra lucha, no conducirla.

La prueba de esto es que casi siempre se les puede ver cuando los elementos «irresponsables» en la comunidad negra empiezan a estallar. Entonces recorren todo el país para aquietar los ánimos y predicar la reflexión y exhortarnos a la serenidad, a tomar las cosas con calma: «no agites la embarcación», es su mensaje. Esa es su función, tal es su papel; al menos lo ha sido hasta hace muy poco. Pero la existencia de algunos grupos musulmanes y de los nacionalistas negros que no pueden ser dirigidos por la élite oficial del poder (y utilizo la expresión «élite oficial del poder» para no designarla por su verdadero nombre), realmente sirvió a sus propósitos: les otorgó respetabilidad y volvió aceptables a los grupos de los derechos civiles. Hace diez años o más, la NAACP era considerada como un movimiento radical de izquierda, casi subversivo y luego, cuando aparecieron los Black Muslims, la élite del poder le dio gracias al Señor por Roy Wilkins y la NAACP... Un día los amos del país miraron a su alrededor y observaron que alguien los señalaba y decía: «Todos ustedes son demonios» y entonces se pasaron toda la noche buscando a Roy Wilkins y a James Farmer y al muy reverendo Doctor King para calmarse y continuar creyendo que no todos entre nosotros pensábamos así...

En mi reciente viaje por Africa. me di cuenta de que todavía muchos africanos viven colonizados, explotados, oprimidos. Y una característica común a todos ellos es su apariencia agobiada.

Pueden discutir su triste condición, pero en verdad no están dispuestos a hacer nada por cambiarla. Parecen estar esperando. Y la diferencia evidente entre ellos y la gente de Kenya es la irritación de los Kikuyus. A éstos simplemente no les importaban las consecuencias. No les importaba ni la moral, ni la legalidad, ni ninguna otra cosa. Todo lo que sabían era el hecho de su opresión injusta, ilegal, inmoral, y por el padecimiento de esta opresión injusta, ilegal, inmoral, se convencieron de que debían, dentro de los límites de su derecho, impedir por todos los medios necesarios el progreso de esta situación. Y cuando empezaron a utilizar todos los medios en su lucha por la libertad, la prensa de Occidente deformó los hechos y proporcionó una imagen sumamente negativa de los Kikuyus.

Pero los MauMau no tenían conciencia de su imagen social. No intentaban petrificar los niveles sociales. No eran arribistas. Querían libertad y en un momento dado llegaron a la conclusión de que sólo había una manera de obtenerla. Y la obtuvieron. Por ello los admiro y los respeto. Un periodista hace unos cuantos minutos me pedía ratificar o rectificar unas declaraciones reproducidas por el *Times* donde yo afirmaba la necesidad que teníamos de un MauMau en los Estados Unidos. Debo repetir que nunca negaré la necesidad que tenemos de MauMau en los Estados Unidos. Y realmente se requiere mucha sangre fría para hacerme esa pregunta en una sociedad (me estoy desviando del tema porque me han obligado) donde en 1964 tres defensores de los derechos civiles son asesinados impunemente, ante la impotencia total, no digamos del gobierno de Mississippi, sino del mismo gobierno federal.

Afirmo que necesitamos un movimiento MauMau cuando un maestro negro es asesinado en Georgia y se sabe quiénes lo asesinaron y el gobierno no puede hacer nada al respecto. Afirmo que necesitamos un movimiento Mau Mau y seré el primero en unirlos. Y mucha gente a la que nadie supone capaz, se alineará conmigo en esta empresa.

Volvamos con los Black Muslims. Hay que entenderlos para comprender el futuro inmediato y los acontecimientos nacionales durante la última década. El movimiento de los Black Muslims ha atraído a los jóvenes negros de mayor capacidad de militancia en este país; a los más infatigables, los más impacientes y los menos dispuestos al compromiso.

Pero el movimiento mismo se movía realmente en el vacío, pues su significado original era religioso y la religión con la cual se identificaba era el Islam y quienes en el mundo también profesan esa religión, no ven en los Black Muslims un movimiento musulmán o islámico de buena fe. Jamás lo han aceptado. Y al abrazar los Black Muslims una religión que los rechaza, cayeron en un hibridismo religioso o en el vacío.

Por otra parte, el gobierno en Washington (supongo que allí reside) intentó clasificar como político al movimiento de los Black Muslims. Utilizó y manejó la prensa para ofrecer una imagen de los Black Muslims que le permitiera señalarlos como grupo político y por tanto clasificarlo como subversivo y sedicioso y proceder a su destrucción.

Así, los Black Muslims no sólo quedaban como un híbrido religioso sino que se convirtieron en un híbrido político, aunque, al mismo tiempo, su participación en la política era nula. No tomaban parte en la lucha por los derechos civiles. No intervenían en ninguna de las acciones del pueblo negro, ni les interesaba mejorar nuestras condiciones de vida; sólo se dedicaron a ahuyentar a la gente del alcohol y las drogas y cosas por el estilo, lo que nunca es bastante. Ya estás sobrio, pero continúas siendo pobre.

Todo quedó en el vacío. El movimiento en verdad se desarrolló, creció, se volvió poderoso, pero continuaba en el vacío. Y se nutría de jóvenes de gran capacidad de militancia, que rehusaban todo tipo de compromisos y deseaban acción. Más acción, realmente, de la que el movimiento estaba dispuesto a sostener. Y la jerarquía de la organización no estaba dispuesta a comprometerse en acciones más constructivas y positivas.

El principal objetivo del movimiento era la tierra. Pero el movimiento decía que Dios descendería para conducirnos a todos a esa tierra prometida. Por un tiempo eso estaba bien. Pero como nadie en el movimiento advirtió nunca los medios visibles que nos capacitaban para materializar este objetivo, cundió la decepción. Hubo disensiones, que gradualmente condujeron a la división. Y de allí surgió un grupo auténticamente religioso: Muslim Mosque, Inc., que practica la religión del Islam como se practica y enseña en la Meca. El Cairo, Lahore y otras partes del mundo musulmán.

Mas quienes nos decidimos a la práctica ortodoxa del Islam en la Muslim Mosque, Inc., nos dimos cuenta al mismo tiempo que éramos negros en una sociedad blanca. Eramos negros en una sociedad racista. Eramos negros en una sociedad cuyo sistema político se basaba y se nutría en el racismo; cuyo

sistema social era un sistema racista; cuyo sistema económico se alimentaba en el racismo. Eramos negros que deseábamos ser religiosos, que anhelábamos la práctica de la fraternidad y que, sobre todo, intentábamos amar a todo el mundo; y sin embargo, estábamos conscientes de la irrealidad esencial de nuestras intenciones.

Por eso, al desear la fraternidad y al querer la paz y al anhelar todas las otras cosas hermosísimas, debíamos también enfrentarnos a la realidad y darnos cuenta de nuestra posición en una sociedad racista, dirigida por racistas situados tanto en el gobierno federal como en los gobiernos locales; racistas que están en la Casa Blanca y que manejan los más insignificantes ayuntamientos. Nos enfrentábamos al racismo. Y conscientes de que este problema trascendía a la religión, formamos otra organización no religiosa, llamada la Organización de la Unidad Afroamericana. La idea de esta organización surgió al examinar el éxito de nuestros hermanos de Africa en su lucha por la libertad. Obtenían su libertad y su independencia con mayor rapidez que nosotros. Obtenían respeto y reconocimiento con mayor rapidez que nosotros, incluso cuando venían a este país. Debíamos descubrir lo que sucedía, cómo actuaban y cuáles eran sus actos, para aprender un poco.

En el continente africano los imperialistas, los poderes coloniales, habían siempre dividido y conquistado. La práctica del «divide y vencerás» había evitado la alianza de los pueblos de Africa y Asia. Debido a eso, surgió la Organización de la Unidad Africana, dirigida por un grupo talentoso de intelectuales y políticos africanos.

Y puesto que nosotros, en Norteamérica, nos enfrentábamos a las mismas tácticas de división de nuestro enemigo, decidimos llamarnos Organización de la Unidad Afroamericana; en un acto que se deriva del espíritu y el sentido de la Organización de la Unidad Africana. De hecho, nos consideramos un vástago del organismo paterno en nuestro continente materno.

Después de formado nuestro organismo, pasé cinco meses en el Medio Oriente y en Africa, con el propósito de relacionarnos con ellos de un modo más efectivo y de relacionarlos a ellos con nosotros, dándoles una información directa de nuestros problemas.

Cuando llegué allí en julio, encontré ciertas resistencias en algunos; ya para volver, en noviembre, todas las resistencias habían desaparecido.

A mi regreso en diciembre de 1964, la Muslim Mosque, Inc., había recibido el reconocimiento y el apoyo de todos los cuerpos religiosos oficiales en el mundo musulmán y la Organización de la Unidad Afroamericana había tam-

bién recibido reconocimiento oficial y ayuda de todos los países africanos que yo había visitado y de la mayoría de los países que no visité.

Lo primero que escuché a mi retorno, fue una afirmación de varios periodistas: «Nos dijeron que usted había cambiado...» Me limité a sonreír. Pero me dije: ¿Cómo es posible que un hombre blanco pueda esperar la transformación de un hombre negro antes de que él se haya transformado? ¿Cómo esperan nuestro cambio cuando aún persisten las causas que determinan nuestra condición actual?

Es verdad: soy un musulmán y creo en la fraternidad. Y creo en la fraternidad de todos los hombres. Pero mi religión no me convierte en un tonto. Mi religión me obliga a combatir todas las formas del racismo. Evita que yo juzgue a un hombre por el color de su piel; me enseña a juzgarlo por sus obras y por su conducta consciente. Y me enseña a luchar por los derechos de todos los seres humanos, en especial los afroamericanos, porque mi religión es una religión natural y la primera ley de la naturaleza es la autoconservación.

En 1964, la gente oprimida en todo el mundo, en Africa, en Asia y en América Latina, en el Caribe, hizo algunos progresos. Rodesia del Norte se liberó del yugo del colonialismo y se convirtió en Zambia y fue aceptada en las Naciones Unidas, la sociedad de los gobiernos independientes. Nyasaland se convirtió en Malawi y fue también aceptada en las Naciones Unidas, en la familia de los gobiernos independientes. Zanzíbar padeció una revolución, arrojó a los colonialistas y a sus lacayos y luego se unió con Tanganyika en lo que ahora se conoce como República de Tanzania: todo esto significa progreso. También en 1964 el pueblo oprimido de Viet Nam del Sur y los pueblos oprimidos de todo el Sureste de Asia, lucharon con éxito contra las legiones del imperialismo. Y a pesar de todas las armas altamente mecanizadas de la guerra: jets, napalm, barcos de guerra, los imperialistas no pudieron poner en su antiguo sitio a esos cultivadores de arroz.

En 1964 este gobierno le dio su respaldo económico a Tshombé, el asesino de Lumumba, y los mercenarios de Tshombé, matones sudafricanos a sueldo unidos al viejo poder colonial belga, lanzaron paracaidistas en el Congo y utilizaron y entrenaron contrarrevolucionarios cubanos para arrojar, desde aviones contruidos en Norteamérica, bombas sobre el pueblo congoleño. Aún prosigue la lucha y el campeón de Norteamérica, Tshombé, continúa siendo derrotado.

Todo esto sucedió en 1964. Ahora bien, al expresarme en esta forma, no quiero manifestar una actitud antinorteamericana. No estoy en contra de Norte-

américa. Y no digo esto para defenderme o precaverme de ataques. Porque si yo fuese antinorteamericano, después de lo que Norteamérica nos ha hecho, tendría todo el derecho del mundo.

Este gobierno debía sentirse afortunado por el hecho de que nuestro pueblo no es antinorteamericano. Y el mundo entero nos apoyaría, si nos volviésemos antinorteamericanos. Este es un asunto para pensarse bien.

Pero no estamos contra Norteamérica. Sólo nos oponemos a las malas acciones, a los errores de Estados Unidos aquí y en otras partes del mundo, y lo sucedido en 1964 en el Congo no pudo ser peor. Fue criminal, criminal. Y también fue criminal la presión ejercida sobre el público norteamericano para convencerlo de las bondades de la intervención en otros países. Lo que sucede en Viet Nam del Sur es criminal. La política absurda del gobierno norteamericano determina diariamente la muerte de cientos de soldados que ignoran las razones de su lucha. Eso está muy mal. Y el patriotismo no puede cegarnos de tal modo que evitemos aceptar la realidad. Un error es un error, no importa quien lo haga o quien lo diga.

También en 1964, China lanzó su bomba atómica, lo que constituyó un gran avance científico de ese pueblo oprimido y sufrido. Me alegré mucho de saber que el gran pueblo de China es capaz de exhibir su progreso científico y su aventajado conocimiento de la ciencia, hasta tal grado de que un país con tal atraso (según la afirmación de nuestro gobierno), tan a la retaguardia de todos los demás países y tan pobre como China, pudiera fabricar una bomba atómica. Eso me maravilló. Me di cuenta que los pobres pueden trabajar tan bien como los ricos.

Todos esos pequeños avances los realizaron en 1964 gente oprimida en otras partes del mundo. Y pudieron obtener esas ganancias tangibles, gracias a que se dieron cuenta de la palabra mágica, poder; poder contra poder. El poder en defensa de la libertad es más grande que el poder en nombre de la tiranía y la opresión, porque el poder, el verdadero poder, emerge de las convicciones que produce la acción, la acción sin compromisos y que también dan por resultado la revuelta contra las opresiones. El poder es el único camino para eliminar la opresión.

El poder sólo retrocede ante la presencia de un poder mayor. El poder no cede terreno ante la persuasión de una sonrisa, o ante las amenazas o ante alguna de las amorosas acciones de la no violencia. Está en la naturaleza del poder retroceder sólo en presencia de un poder mayor. Y de esto se han dado cuenta los pueblos del Sureste de Asia, del Congo, de Cuba, de otras partes del

mundo. El poder únicamente reconoce al poder y quienes lo saben están en el camino correcto.

Aquí en Norteamérica la situación es diferente. Sólo al comparar nuestros progresos en 1964 con los progresos de otros pueblos en el mundo, se puede apreciar el tamaño de la traición cometida contra el negro norteamericano. En 1964, la élite del poder inició el nuevo año del mismo modo que en Washington se inició 1965. Nada más que ahora lo llamaron «La Gran Sociedad». Se suponía que 1964 fue el «Año de la promesa». Inauguraron el nuevo año en Washington y en los ayuntamientos y en Albany hablando del Año de la promesa.

A fines de 1964 advertimos que en lugar del Año de la promesa, en vez de la materialización de los ofrecimientos, se crearon con ardidés las ilusiones del progreso y 1964 fue el Año de la ilusión y el desencanto. Únicamente recibimos promesas... En 1963 el truco, la estratagema utilizada para cubrir con una vasta neblina todo el país, fue la marcha sobre Washington, permitida para hacernos creer que progresábamos.

En 1963 fue la marcha sobre Washington. En 1964 ¿qué fue? La Ley de los derechos civiles. Inmediatamente después de aprobada esta ley asesinaron a un negro en Georgia y nadie hizo nada; asesinaron a dos blancos y a un negro en Mississippi y nadie hizo nada. La Ley de los derechos civiles, en lo que a nosotros se refiere, no ha conducido a nada. Fue solamente una válvula, un respiradero planeado para dejar salir nuestras frustraciones. Pero la ley, en sí misma, no se concibió como solución de nuestros problemas.

Si se tiene en cuenta el panorama de 1963 y 1964, ¿cuáles son las predicciones evidentes para 1965? La marcha sobre Washington se destinó al amortiguamiento de la explosión y la Ley de los derechos civiles se planeó para atenuar el estallido racial; ni la marcha ni la Ley se concibieron pensando solucionar nuestros problemas. Fueron medidas dedicadas a mediatizar las explosiones raciales, porque aquí todos, en su fuero interno, están conscientes de que debió producirse una explosión. Con todos los ingredientes explosivos que se dan en Harlem y en los sitios donde nuestro pueblo padece, no se puede esperar que no suceda nada. Por ello, el gobierno recurre a múltiples ardidés para amenguar el peligro de la explosión, pero no intenta eliminar el material explosivo.

¿Qué sucederá en 1965? Me he enterado de la decisión de incorporar un ministro negro al Gabinete presidencial. Sí, cada año discurren un truco nuevo. Van a tomar uno de sus muchachos, de sus muchachos negros y lo depo-



sitarán en el Gabinete para que pueda caminar en Washington con un gran puro, el fuego en un extremo y en el otro un tonto.

Y puesto que habrá solucionado su problema personal inmediato, este negro será el encargado de informarnos de nuestros enormes progresos: «Estoy en Washington. Puedo tomar té en la Casa Blanca. Soy vuestro representante. Soy, ya se sabe, vuestro líder».

¿Pero va a funcionar la artimaña? ¿Podrá el delegado de la élite del poder detenerse frente al fuego y apagarlo cuando las llamas inicien su ascenso? ¿Podrá contener a quienes se apoderen de las calles con ánimo encendido? ¿Será capaz este negro, a quien van a incrustar en el Gabinete, de ir y hablar con nuestra gente? Vaya, será destruido más rápidamente que sus amos.

Durante 1964, políticamente y a escala nacional, el Partido demócrata de la libertad en Mississippi, sufrió duros reveses en Atlantic City, en una convención manejada por Lyndon B. Johnson, con Hubert Humphrey de jefe inmediato y con el alcalde Wagner como una de las influencias mayores; sin embargo, ninguna de estas influencias se manifestó en forma alguna cuando estuvieron en debate las esperanzas y aspiraciones del pueblo, del pueblo negro de Mississippi.

Aunque a principios de 1964 se nos prometió la ampliación de nuestra vida política, fue en 1964 cuando asesinaron a los dos defensores blancos y al defensor negro de los Derechos civiles. Querían enseñarle a nuestro pueblo en Mississippi cómo debían registrarse para votar. Este es un crimen. Esa fue la razón de los asesinatos.

Y la parte más penosa del asunto fue la cobardía mostrada por las organizaciones de los derechos civiles que traicionaron a estos tres hermanos, los traicionaron, los entregaron indefensos. Porque han muerto y nada se ha hecho al respecto, ninguna voz se ha levantado protestando por el asesinato.

Por eso afirmo que si nos comprometemos en el movimiento de los derechos civiles y vamos a Mississippi o a cualquier lugar, a ayudar al registro electoral de nuestra gente, debemos ir preparados. No deseamos violar la Ley y en verdad, si tú deseas registrarte para votar estás apoyando la Ley. Quebrantan la Ley quienes quieren impedir tu voto y tú tienes el derecho de protegerte por todos los medios necesarios. Y si al gobierno le molesta que los grupos de los derechos civiles vayan dispuestos a la lucha, entonces el gobierno debe cumplir su deber.

En lo que respecta a los acontecimientos del verano pasado cuando los ciudadanos de Harlem fueron atacados en un pogrom... Nos han informado que

fueron elementos del gobierno los interesados en provocar motines para justificar su intervención y el uso de medidas represivas contra los grupos militantes a los que aún consideran en estado embrionario.

Al darse cuenta del plan de provocación que permitiría la intervención policial, hubo elementos en Harlem (preparados y calificados y dispuestos a la represalia en situaciones similares) que deliberadamente se abstuvieron de intervenir. Y el verdadero milagro de la explosión de Harlem fue la contención general. No vacilo en calificar como el milagro de 1964, durante los acontecimientos de Harlem, el freno, las restricciones que voluntariamente se impusieron los harlemitas, por otra parte calificados y preparados para defenderse en caso de un ataque ilegal, inmoral e injusto.

Cualquiera puede desencadenar en contra tuya un ataque ilegal, un ataque injusto y un ataque inmoral. El uniforme no le concede a nadie el derecho de venir y dispararte en tu propio vecindario. No, eso no es justo y le recomiendo al departamento de policía que en tanto no experimente tales métodos en los vecindarios blancos, será mejor que no los utilice en Harlem... Y todo empezó cuando un jovencito fue asesinado por un policía que salió libre como también salió libre el sheriff de Mississippi que asesinó a los tres defensores de los derechos civiles. . .

La promesa falló: 1964 no fue un año de promisión. La sangre corrió en las calles de Harlem, Filadelfia, Rochester, Jersey. En 1965 se verterá más sangre todavía. Más de la que nadie ha soñado. Cubrirá todas las calles de todas las ciudades. Y la sangre correrá porque aún no se eliminan las causas de su derramamiento.

En 1964, el 97 por ciento de los votantes negros apoyó a Lyndon B. Johnson, a Hubert Humphrey y al Partido demócrata. ¡97 por ciento! En la historia del mundo ningún grupo minoritario ha dado un apoyo tan sin reservas a un candidato y a un partido. Ningún pueblo, ningún grupo ha apoyado tan íntegramente a un partido y su candidato como lo hizo el pueblo negro de Norteamérica, en 1964.

¿Y cuál fue el primer acto en 1965 del Partido demócrata, Lyndon B. Johnson incluido? En Washington los representantes negros de Mississipi negaron la validez legal de sus representantes blancos (los mismos que rehusaron darle su apoyo a Johnson). Y ¿qué dijo Johnson? ¡Nada! ¿Qué dijo Humphrey? ¡Nada! ¿Qué dijo Robert Niño-Bonito Kennedy? ¡Nada! ¡Nada! ¡Ni una sola palabra! Estos son los líderes apoyados por los negros; este es el partido que han apoyado.

Debemos entender la frustración de estos delegados negros de Mississippi que llegaron a Washington, D.C., el otro día, pensando, ustedes saben, que la Gran sociedad los iba a incluir y que vieron la puerta cerrarse ante sus narices. Eso los hace pensar. Eso les obliga a darse debida cuenta de sus enemigos. Padecen la clase de frustración que engendró a los MauMau. Han comprendido la necesidad del poder para hablar con el poder. Para lograr el respeto del poder se requiere poder. Es casi una locura tratar con una estructura del poder tan absolutamente corrupta.

Por eso 1965 será un año de gran acción. Puesto que los viejos métodos no han funcionado, será necesario intentar unos nuevos. . .

[A continuación se reproducen fragmentariamente las respuestas de Malcolm X durante la discusión posterior en *The Militant Labor Forum*.]

El señor me pregunta si creo en la acción política y si yo me lanzaría para alcalde apoyado por todos los grupos izquierdistas. . . Si, creo en la acción política; cualquier tipo de acción política. Creo en las acciones necesarias para corregir en las condiciones injustas: económicas, políticas, sociales, físicas.

Pero no creo en la necesidad de comprometerse en cualquier clase de acción política sin antes meditar y analizar las posibilidades de éxito o fracaso. Y tampoco creo que los grupos deban referirse a sí mismos como «izquierdistas», «derechistas» o «centristas». Deben proceder libremente, de acuerdo con sus intereses y no permitir las etiquetas ni las clasificaciones, propias o extrañas. En ciertas ocasiones, una etiqueta puede ser fatal.

El hermano desea saber qué pasos prácticos deben tomarse para remediar la injusta situación que existe aquí en Nueva York.

El error único en la lucha del oprimido contra el opresor, ha sido la división excesiva; hay demasiadas facciones, y cada una de ellas en lugar de coordinarse en la búsqueda de un objetivo común, permanece en continuo recelo y en una atroz suspicacia frente a las demás organizaciones. Se pierde mucho tiempo en la sospecha y en las luchas internas...

La primera cosa que deseo saber, cuando un blanco se me acerca y me informa de los grandes alcances de su liberalismo, es su filiación: si es un liberal no violento o de la otra clase. No me interesan los liberales blancos no violentos. Si tú estás conmigo y te interesa mi problema (cuanto digo *conmigo*, quiero decir *nosotros*, nuestra gente) entonces tendrás que actuar como el viejo John Brown. No hay otro camino.

[Fragmentos del discurso pronunciado el 7 de enero de 1965.]

126. 868